

Vivir 12/10/2008 Burgaleses en Argentina

A 12.000 km... pero en casa

El Centro Buralés de Buenos Aires lleva más de nueve décadas haciendo patria en la distancia. Una 'familia' solidaria y orgullosa de su origen

Raúl Canales

Una maleta vacía de presente pero repleta de futuro. Con ese austero equipaje las circunstancias empujaron a miles de burgaleses a cruzar el charco buscando en Buenos Aires una salida que su tierra natal les negaba. Para aquellos obligados aventureros, el Centro Buralés se convirtió en un punto de encuentro vital, un particular terruño en el que refugiarse de la añoranza.

Así, desde hace nueve décadas, esta institución es una barricada en la que diariamente se libra una batalla contra el desarraigo. Muchos han encontrado en ella el trampolín que ha impulsado sus sueños; otros, un ejemplo de integración y un puente de hermandad entre dos continentes. Pero sobre todo, el Centro Buralés es una gran familia.

«Ésta es tu casa en Argentina», repite incansable Julia Hernando a todo aquel que se acerca a la sede. La calidez de su acogida es una mano tendida para quien llega buscando apoyo en una tierra extraña, un bálsamo que apacigua la nostalgia que a lo largo de su caminar acompaña siempre al inmigrante. Pero las palabras de la presidenta no son de simple cortesía, sino que habla con el corazón, y sobre todo, respaldada por casi un siglo de solidaridad, la que ha presidido la andadura del Centro Buralés desde que abrió sus puertas una tarde de febrero de 1917.

Desde aquel día, muchas cosas han cambiado por el inexorable paso del tiempo, pero una permanece intacta: el compañerismo, ese que emana de la amistad sincera y del que hacen gala sin excepción todos sus integrantes. Ese espíritu es el que les ha hecho superar todas las barreras y poder presumir orgullosos de ser uno de los centros regionales más veteranos del planeta.

Desde la céntrica avenida Rivadavia, el Centro Buralés se ha ganado un merecido reconocimiento en la capital bonaerense, convirtiéndose en una ventana abierta al mundo, que, como pulido espejo, refleja las virtudes de las tierras del Cid. Sus paredes rezuman historia, la que han forjado día a día sus miembros, quienes guardan con celo en su memoria un crisol de vivencias en el que confluyen guerras, miseria, viajes, prosperidad y sueños.

Lejos quedan aquellas reuniones en el local de sus vecinos riojanos en las que se gestaba un proyecto nacido de la resistencia de la identidad a caer en el rincón del olvido, las largas veladas en el salón Lacarra, los multitudinarios asados o las partidas de bolos. Recuerdos que, pese al tiempo transcurrido, permanecen intactos en la memoria colectiva esperando pacientemente que alguien los desempolva.

Las lágrimas y el hombro.

Teodoro, Angelita o Victoria son piezas relevantes dentro del mosaico buralés. Conocen perfectamente el amargo sabor que dejan las lágrimas cuando se duerme abrazado a una foto repleta de caras a las que nunca volverás a ver y la sensación de soledad que invade cada mañana a quien empieza el día a 12.000 kilómetros de su casa. Pero también saben agradecer la importancia de encontrar un hombro cercano en el que apoyarse en los malos momentos.

Por eso, no dudan al afirmar que el Centro Buralés es una parte vital en su caminar, como lo ha sido para miles de compatriotas. «Nunca habías salido de casa y de golpe te encontrabas sólo en un país desconocido, así que encontrar un lugar donde podías charlar con gente que entendía lo que sentías, porque lo había pasado antes, era un alivio. Cuando llegabas a Argentina, no sabías ni por dónde empezar, estabas perdido, y el Centro era una puerta abierta», recuerda Teodoro, el eterno vicepresidente, como todo el mundo le conoce por su abnegada dedicación.

La falta de oportunidades empujó a este natural de Valdivieso a embarcarse rumbo a América en un viaje al que siempre imaginó retorno, hasta que durante la celebración de las fiestas de 1958 conoció a la por entonces Reina del Centro Buralés, Angelita, una joven recién llegada por «capricho, ya que no tenía necesidades económicas». Desde aquel día, estos dos universos paralelos caminan de la mano.

Tampoco Victoria pensó nunca al descender de aquel avión a finales de la década de los 40 que su vida se desarrollaría para siempre en Buenos Aires, pero, sin darse cuenta, la tierra del mate fue calando en su corazón y ahora no la cambia por nada en el mundo.

Como casi todos sus compañeros, ha visitado con cierta asiduidad España, pero reconoce que su vida está en Argentina. «Me ha dado todo lo que tengo y los afectos no se compran ni se venden, sino que se ganan. Lógicamente, nunca olvidas tus orígenes y te tira volver allí de vez en cuando, pero cuando llevas un tiempo, añoras Buenos Aires porque aquí tienes tu vida».

Ese es el mal que persigue siempre al emigrante, «la dolorosa sensación de desarraigo permanente porque nunca acabas de asentarte del todo ya que si estás en Argentina en tu corazoncito siempre echas un poco de menos España y cuando estás allí no puedes vivir sin Argentina», define Angelita.

Su ejemplo es un retrato certero de la experiencia vital de la mayoría de integrantes del colectivo. Cada uno esconde una atractiva historia tras de sí, jalonada de emociones y anécdotas, pero a lo largo de su caminar todos han compartido sensaciones similares, muchas de ellas al amparo del Centro Buralés. Por este

motivo, la institución representa para ellos mucho más que un simple lugar de reunión: es un 'pedacito' de su vida.

EN CONSTANTE EVOLUCIÓN. Pero el Centro Buralés de Buenos Aires no sólo es pasado. Superados los problemas económicos que hicieron tambalear sus cimientos en los años noventa, ahora disfruta de un presente envidiable y un futuro prometedor, el que garantizan sus cerca de 300 socios.

Lejos de anclarse rememorando tiempos mejores, como torrente en constante flujo, la institución vive un permanente proceso de evolución para adaptarse a la etapa actual. «Los inmigrantes no tienen las mismas necesidades que hace un siglo. La sensación de nostalgia, aunque nunca desaparece, está muy apaciguada porque con los nuevos medios estás informado casi al segundo de lo que sucede en España», señala la presidenta, quien recuerda los problemas que representaba hace décadas la comunicación entre continentes. «Los que tenían suerte podían llamar por teléfono cada varios meses o mandar algunas cartas, pero muchos nunca olvidaron la imagen de ver a sus familiares perderse en el horizonte cuando el barco zarpó porque fue la última vez que supieron de ellos. Afortunadamente, hoy en día el contacto es casi permanente».

Tampoco las condiciones laborales son las mismas. «La tortilla se ha dado la vuelta. En su momento Argentina suponía una puerta para escapar de la miseria en España y llegaban masas de inmigrantes a buscarse la vida, pero ahora es al revés».

Por este motivo, el Centro Buralés sabe que su pervivencia pasa por dar cobertura a la nueva modalidad de inmigración y, sobre todo, por atraer a descendientes de burgaleses que sienten la necesidad de conservar sus raíces. Por ello, sin desprenderse de su aroma originario, encarnado por las interminables partidas de cartas y reuniones sociales que diariamente se celebran, se están dando pasos para captar nuevos visitantes. «Muchos burgaleses llegan a Buenos Aires para hacer negocios o simplemente como turistas y en ambos casos tienen que saber que aquí tienen una extensión de su casa en la que van a ser bien recibidos y se les va a prestar toda la ayuda que demanden», asegura la presidenta, quien muestra su orgullo por haber logrado conservar la implicación de los miembros más antiguos y, además, que gran parte de los descendientes de los mismos también acudan regularmente a participar de los cursos, talleres y fiestas que se celebran.

Es el caso de jóvenes como Ana Laura Marcico, en cuyas manos está el futuro del Centro. Con sólo catorce años, es ya una veterana y puede presumir de contribuir activamente a popularizar la cultura heredada de sus abuelos mediante su participación en el grupo de baile de jotas burgalesas. Comenzó sin mucha convicción, animada por su madre, y ahora disfruta cada momento: «Me divierto mucho y sobre todo porque siento que estoy más cerca de mis abuelos; entiendo mejor las anécdotas que me contaban sobre su niñez, el amor que sentían por su tierra...».

Es el particular encanto del Centro Buralés, una cuna que mece a varias generaciones y que ha estrechado lazos a los que la distancia nunca ha podido resquebrajar. Casi un siglo de vida y la firme promesa de seguir formando una familia sin fecha de caducidad.